María abraza fuerte a su hijo.

Sentía un inmenso deseo de llorar, y para colmo se reprochaba a sí misma el hecho de estar triste, como si no tuviera ningún derecho a ello.

Se había pasado toda la noche sonriendo en el hermoso café donde trabajaba, porque ése era el único modo que tenía de ganarse la vida, una vida que la había llevado hasta Madrid, de donde, como si se tratara de una cárcel, ya no podía salir.

Habían pasado tantas cosas desde su llegada a aquella ciudad que le parecía que debía haber transcurrido una eternidad desde su primer aterrizaje en Barajas.

Ahora tenía ya treinta y cinco, una mala de edad para una mujer sola y con un hijo.

Diez años hacía que se había ido de Argentina, y sabía que no podía regresar.

En el 2000, cuando las cosas no andaban aún muy mal en su país, en un viaje a Europa con sus amigas, en Venecia, en la plaza de San Marcos...

Aquello que recordaba tan lejano le parecía un sueño, el sueño de su vida, el único, pues el resto semejaba más bien una pesadilla, como ahora, que había llegado a casa y se había encontrado con que Miguel tenía fiebre.

Miguel también había sido concebido como una pesadilla el día más trágico que ella podía recordar.

Habían pasado ya siete años, aunque si Miguel no estuviera ahí cada día para recordarle que el tiempo transcurría inexorablemente, podría había sido ayer.

Al día siguiente su hijo tendría que quedarse solo en casa mientras ella iba a trabajar.

Se le partía el corazón, pero no era fácil salir adelante y menos con una criatura a cuestas.

Las lágrimas se le acumulaban en la garganta formando charcos en los que le parecía que podrían llegar a croar ranas de grandes que eran.

Ese pensamiento la devolvía a su infancia, o quizá a la adolescencia.

La última vez que había escuchado el canto de una rana había sido cuando era virgen y se paseaba de la mano de su primer novio por un parque de Buenos Aires.

Aún podía recordar los nenúfares de aquel estanque.

Sonreía con amargura porque aquel pensamiento la había llevado al libro de Boris Vian y a la tristeza que le había producido su lectura hacía unos meses, cuando aún era invierno, verano en su país, estaba acatarrada, con una congestión que no se le pasaba con nada, y se había imaginado ella misma con un nenúfar en el pecho, respirando con dificultad y muriendo sin remedio.

Sin embargo, con un hijo a su cargo, ni siquiera podía permitirse el lujo de abandonar el mundo, aunque no le importaría.

Se encontraba exhausta y el día siguiente amenazaba agotador.

Tendría que irse a dormir pero no tenía sueño, tan sólo la necesidad imperiosa de solucionar algo que no tenía arreglo.

Maldita la hora en la que había conocido a Marcos en la plaza de San Marcos, en Venecia.

Parecía una burla del destino.

Siempre había querido venir a Europa precisamente para conocer aquel inmenso y bellísimo nenúfar.

Había soñado con encontrar un novio italiano, con vivir una historia de amor sin límites, y entonces había aparecido Marcos.

Pero tras casi cuatro años absolutamente felices, llegó el desastre, y el mal, en forma de dolor, se le había ido prendiendo del pecho hasta consumírselo.

Fuertemente aprieta a su hijo contra su corazón y le besa en la frente, sintiendo el calor abrasador en sus labios.

Mario hojea sus libros de filosofía.

Últimamente se sentía inspirado para escribir cualquier cosa que su director de tesis le pidiese para publicarla donde fuese.

Sin duda la crisis mundial le estaba favorenciendo al poner en evidencia el sistema capitalista.

Al final se hacía patente que este macrosistema económico, basado en el librecambismo, estaba abriendo una brecha en la sociedad que a él le permitía escribir cuantos artículos desease.

Respiraba hondo, aspiraba el frescor del aire de Ciempozuelos, y se ponía de nuevo a trabajar.

Escribía como si una especie de inspiración divina le dictase aquello que debía decir. Su cerebro recibía la información como si en su disco duro, a través de años y años de aprendizaje, se hubiera grabado todo aquello que ahora él no hacía más que pasar a un procesador de texto.

Se notaba fuerte y poderoso como debían haberse sentido en su momento sus ídolos y maestros.

Era como si todos ellos se hubieran aliado, conectándose entre sí a través de su pensamiento, y finalmente hubiera llegado el momento de sacar a la luz sus obras con el fin de esclarecer a la humanidad.

¿Quién había dejado de creer en el marximo?, se preguntaba.

Nadie, y menos ahora, se respondía.

El único problema es que nos encontramos divididos, y no saldremos de este atolladero mientras no consigamos unirnos, aunque precisamente de lo que trata el poder es de aislarnos.

Entonces, nostálgico, recordaba a su ex novia Mireya.

Ella tocaba el violín.

Concentrándose, podía aún escuchar la melodía del final de La lista de Schindler y luego sentir sus manos acariciándole.

Todavía se le erizaba la piel al recordarlo.

Cerró los ojos añorando la suavidad de sus labios, tratando de rememorar en vano el olor de sus cabellos recién lavados.

Se pasaban tardes enteras en su habitación.

Para ella sólo existían él y la música.

Para él la filosofía y ella, sin embargo...

No debía pensar en lo que había sucedido porque le hacía sufrir y le impedía trabajar. Spinoza, monismo y determinismo, eso es lo único que ahora ha de guiar mi razón, se decía.

Y así pasaban las horas de aquella noche de mayo hasta que los cantos de los pájaros le sacaron de su ensoñación.

El fin de las ideologías, me río yo.

Era como si el propio Marx se encontrara a sus espaldas insuflándole fuerza y valor.

Su vida tenía un sentido, y era el de luchar por el porvenir de una ilusión.

Los párpados le pesaban, pero no quería irse a dormir.

Le gustaría permanecer siempre rodeado de sus libros de filosofía y que de ellos brotaran todas aquellas cosas de las que su cuerpo y mente tuvieran necesidad.

Ahora le gustaría que Mireya entrara en su cuarto.

Miraba hacia la puerta, y al ver que no se abría, coge un libro y comienza a hojearlo deteniéndose en una frase que había subrayado en algún momento: "El progreso social puede ser medido por la posición social del sexo femenino".

Miriam se enfrenta al fin, por primera vez en su vida, a la página en blanco.

Siempre había querido ser escritora.

Trabajaba en una revista femenina desde hacía muchos años.

¿Cuántos?

Había perdido ya la cuenta.

A los veinticinco había conseguido aquel trabajo en el que había pasado los dos primeros años con un contrato de prácticas y media jornada, cuando en realidad permanecía allí encerrada más de diez horas al día.

Al principio le pagaban una miseria, pero no le importaba porque lo único que quería era trabajar.

Tampoco es que ahora cobrara mucho, pero no se arriesgaría a dejarlo por nada del mundo.

Siempre había sido muy activa, nerviosa, fumaba, se mordía las uñas y no paraba de tocarse el pelo, la cara y la ropa.

La moda era como su religión, aunque después de haber trabajado tanto tiempo para aquella revista comenzaba a odiarla.

Se diría que estaba sufriendo una crisis de fe.

Por un momento pensó en comenzar así su novela, aunque no le parecía razonable criticar lo que llevaba enalteciendo quince años.

Quizás la moda no era el problema, sino su labor, ya que lo único que hacía era ofrecer nombres de marcas y precios, como en un catálogo, para que así las lectoras pudieran saber a donde tenían que dirigirse para conseguir lo que querían.

Sin embargo incluso ella misma, después de saberse de memoria todo lo que había en el mercado, terminaba yendo a donde era más barato porque su sueldo no le permitía otra cosa.

A tener hijos ya había renunciado, y en parte se alegraba, aunque su madre no había perdido la esperanza.

Compartía piso con su hermana y la novia de su hermana.

Menos mal que no se le había ocurrido meterse en una hipoteca cuando vivía con su novio, aunque a punto habían estado.

Después de haber pasado diez años juntos, se habían dejado.

Al principio lo pasó mal, pero ya le daba igual porque los hombres le importaban más bien poco, y se había dado cuenta de que podía vivir perfectamente sin ellos.

En su novela tendría que hablar de relaciones amorosas, pero cómo empezarla.

También podría tratar del amor homosexual.

No es que ella lo conociera personalmente, pero le parecía más realista.

El ejemplo era que su hermana llevaba con su novia casi veinte años.

Le gustaría escribir algo tan impactante como Los monólogos de la vagina.

Sonreía recordando aquella vez que había publicado una entrevista de la autora, que por cierto había llegado ya escrita a la redacción.

En realidad más que redactora jefe podrían llamarme copiadora jefe, meditó.

Al menos descubrí que existía al clítoris.

Antes nunca le había dado importancia al sexo, no en vano me metieron mis padres en un colegio de monjas y mi abuelo era militar.

Volvía a sonreír.

Y pensar que después de diez años juntos, cuando lo habíamos dejado, tuve por primera vez un verdadero orgasmo.

Tras varias horas sentada en el ordenador, la página continuaba en blanco.

Entonces se levanta y va a buscar al armario su juguete favorito.

Se desnuda frente al espejo y termina gimiendo de placer como cada noche.

Moncho duerme plácidamente.

Trabajaba como barrendero, pero lo que le gustaba era el cine.

Necesitaba ganar dinero y ese empleo se lo proporcionaba sin problema.

Para dedicarse a lo que le gustaba aprovechaba cada minuto que tenía libre.

Cuando cogía una cámara, el mundo entero se transformaba.

Todavía era muy joven, y por eso aún no había tenido tiempo de ver todas las películas que le hubiera gustado.

Sus directores favoritos eran los clásicos: John Huston, Billy Wilder, Hitchcock...

Lo tenía clarísimo, lo importante era conseguir un bellezón y ponerse a grabar.

Las mujeres de los años cincuenta le parecían perfectas porque cualquier actriz de esa época, con aquellos vestidos tan estrechos que llevaban, se convertía en una bomba.

Según él, el cine era como la guerra, por eso los gobiernos trataban de subvencionarlo.

Estaba convencido de que si conseguías que la protagonista de tu película hiciera caer rendidos a sus pies a los del país enemigo, habrías ganado no sólo mucho dinero, sino una batalla cultural sin cuartel.

Por ejemplo Godard lo había logrado para gloria de su país, y aunque Madrid no era París, él no perdía la esperanza de encontrar a su Anna Karina.

Por eso disfrutaba tanto de su trabajo, porque podía ver diariamente a cientos de mujeres como si se tratara de un casting.

Además, mientras barría pensaba, imaginaba, y de este modo su labor intelectual nunca cesaba.

Había escrito ya varios largometrajes y se los había enviado a algún que otro productor, aunque sin mucha esperanza.

Se sentía seguro de sí mismo y no se preocupaba porque sabía que su momento habría de llegar.

De lo que más se alegraba era de no haber ido a la universidad.

Alguna vez había visitado las facultades en las que estudiaban sus amigos del barrio y había visto que allí se pasaban todo el día perdiendo el tiempo.

Cuando les preguntaba qué habían aprendido al final de cada curso, apenas conseguían responderle.

Él, ya cuando estaba en el instituto, prefería ir al cine, y luego, cuando se había vuelto prohibitivo además de malo debido a la invasión norteamericana, empezó a acudir diariamente a su cineclub favorito al salir de trabajar.

Había nacido en Móstoles, y aunque vivía por su cuenta, no como sus amigos estudiantes, prefería seguir allí porque le gustaba el barrio, ya que era como una pequeña ciudad de provincias o un pueblo donde la gente aún se conocía.

También tenía amigos en Alcorcón.

De hecho allí había descubierto a una preciosidad que además quería ser actriz, pero no pudo ser porque a la pobre se le ocurrió ponerse una maldita ortodoncia.

En realidad lo que le faltaba a la chica, como a la mayoría, era confianza en sí misma.

Pero ése no era su caso, porque a pesar de proceder de una familia humilde, lo tenía clarísimo, seguiría los pasos de Amenábar.

La cuestión era encontrar a pivones como Eduardo Noriega y Penélope Cruz.

Según él ése había sido el secreto de su éxito, aunque ahora ya no le admiraba porque para su opinión había perdido todo el mérito al recurrir a actrices extranjeras con el fin de impresionar al público.

Su estrella sería española y conquistaría el corazón del mundo entero.

Al fin la había encontrado: su caminar era sinuoso como el de una serpiente y parecía brotar fuego de su mirada.

Pero él, cómo no, se encontraba soñando.

Marta está viendo su serie favorita.

Antes tenía novio y vivían juntos, pero un buen día le había dicho que iba a comprar tabaco y no había vuelto a verle nunca más.

Parece una broma, pero no lo es, y menos para ella.

Si ya antes vivía angustiada, según su psiquiatra por falta de seguridad en sí misma, a partir de ese día muchísimo más.

Ya había pasado un año y dos meses desde entonces.

Para saber algo de él, accedía a su cuenta corriente.

Trabajaba de cajera en un banco, a pesar de haber estudiado antropología.

Poco había aprendido durante la carrera, la verdad.

Recordaba algunas obras clásicas que había leído, pero sería incapaz de explicar su contenido.

Sabía simplemente que trataban de otras culturas, las cuales pensaba que jamás llegaría a conocer.

Lo cierto es que no se imaginaba en una isla del Pacífico, ni en Sudamérica, y menos aún en África.

Precisamente su hermano, especialista en economía africana, había vivido en Senegal.

Ahora trabajaba en Londres, se había convertido al Islam y casado con una tunecina.

Para ella ese mundo era demasiado complejo.

Una vez había estado a punto de encaminarse por la árida senda de la investigación, pero un accidente se lo impidió.

Bajaba por las escaleras de la facultad de Somosaguas, resbaló, y se rompió una pierna.

Aquello le había parecido una metáfora, no en vano le apasionaba la hermenéutica. Justo antes de la caída iba pensado en ampliar sus horizontes, viajar a diversos

continentes y conocer verdaderamente el mundo con mayúsculas.

Pero cuando se encontró en el fondo de las escaleras y sin poder caminar, presintió que nunca se movería de Madrid mas que en vaciones.

Y así fue.

Ella, que había sido siempre la aventurera, comenzó a pasar la mayor parte de su tiempo libre en casa junto a su madre.

Sin embargo, su hermano, el empollón, aún estudiando Económicas, empezó a pedir becas para irse a países lejanos, y no regresó nunca más al hogar.

En su lugar dejó a una senegalesa que se encargaba de todo en la casa de sus padres de Torrelodones y en la suya del barrio de Salamanca.

Eso, el que una persona pudiera sentirse tan afortunada simplemente por encontrarse en Europa, la consolaba.

En el fondo aquí no se vive nada mal, pensaba mientras comía cacahuetes salados despatarrada en el sofá.

Tenía amigas sofisticadas, una incluso había hecho la carrera diplomática, aunque estaba enganchada a la cocaína como su ex.

En realidad ella siempre había sospechado lo de su novio, porque su amiga nunca se lo había ocultado, como hacía él, que se gastaba en supuestos negocios miles de euros que salían de una de las múltiples cuentas corrientes de sus padres.

Ellos querían que su hija viviera a lo grande y que su pareja también.

El dinero lo habían heredado de su abuelo falangista que después de la guerra había conseguido un buen puesto en el gobierno.

Su vida le parecía de lo más normal y aburrido, por eso para divertirse necesitaba ver casi a diario Sexo en Nueva York, y eso es lo que está haciendo.

Marcial se encuentra en la calle, tumbado en un banco, porque desde hacía unos meses aquel era su hogar.

Se había venido solito a Madrid en los ochenta, cuando era un crío.

No tenía aún ni los dieciseis, y ya se había puesto a trabajar como camarero.

La razón que le había llevado desde la Línea de la Concepción hasta el madrileño barrio Argüelles, en el que llevaba viviendo veinticinco largos años, había sido una de las más comunes del mundo: los malos tratos en su casa.

Su padre era un bestia que les pegaba palizas a la madre y a los hijos.

Todos los vecinos lo sabían, pero callaban.

La ley del silencio era lo que más le fastidiaba.

Se suponía que todos debían hacer lo mismo llegado el momento, pero a él, que la naturaleza le había hecho enclenque, no le daba la gana.

En realidad, eso mismo que pasaba en su casa, se veía a todas horas en la calle y en el colegio, donde los chicos se liaban a puñetazos y las chicas a tirarse de los pelos ante el mínimo desacuerdo.

Sin embargo desde pequeñito había tenido muy claro que prefería dejarse matar antes de hacer daño a un semejante.

En el fondo se sentía feliz en su fuero interno porque tenía la conciencia tranquila.

Siempre trataba de ser amable, y ahí había radicado su éxito laboral.

La verdad es que nunca le había faltado trabajo hasta la llegada masiva de inmigrantes a la ciudad.

Pero no les echaba la culpa a ellos.

Ni siquiera a sus jefes, dueños de un prestigioso restaurante al que iba a cenar todos los viernes un destacado miembro del Partido Socialista Obrero Español, y también del bar donde él se había pasado diez largos años sirviendo cañas fresquitas y tapas deliciosas.

Sin duda habían sido los cuarenta.

Edadismo lo llaman, y al parecer es el tipo de discriminación que más afecta hoy en día a nuestra sociedad.

A pesar de haberse convertido de la noche a la mañana en un sin techo, moralmente se encontraba bien, por el momento.

De comer no le faltaba porque la gente del barrio, que lo conocía de vista desde que era un crío, y a casi todos les había invitado alguna que otra vez, estaban siendo generosos con él.

Además ya había llegado el mes de mayo, con lo cual lo peor había pasado.

Lo único que le faltaba era una habitación como la que había tenido durante veinticinco años en una pensión de Guzmán el Bueno.

Era su calle favorita y por eso había querido continuar viviendo allí, donde al menos la gente le conocía.

Y no es que el tal Guzmán el Bueno le pareciera ninguna joya.

Muchos de los vecinos, la mayoría, ni siquiera sabían quién era.

A él le habían contado la historia en una excursión del colegio a Tarifa.

Resulta que luchando contra los moros, había ofrecido a éstos una daga para que sacrificaran a su hijo con el fin de demostrarles que ni con esas se rendiría.

Otra cosa que siempre le había irritado profundamente, era la aversión de los cristianos hacia los moros.

En donde él había nacido, por desgracia, quizá porque se encontraban en la frontera y habían pasado muchos siglos en guerra, el odio hacia ellos era brutal.

No es que se estuviera volviendo loco, pero cree que por pretender simplemente ser amable se encuentra allí solo tumbado en un banco.

Muriel, con su copa de whisky escocés favorito en la mano, disfruta de la fiesta en casa de un amigo francés, como ella, que vivía en Bilbao, el barrio.

Le apasionaba España debido al clima, por eso había decidido estudiar lenguas extranjeras, especialidad español, para pasar las vacaciones en la playa.

Había nacido en Lyon, aunque había vivido durante toda la carrera en París, con su novio.

Él había estudiado también filología, como lo llaman aquí, aunque a ellos "el amor por las palabras" no le parecía el modo apropiado de denominar una carrera.

Por cierto, ésa era otra palabra española que a ellos les sonaba muy mal.

La carrera, como en inglés, era la trayectoria profesional.

Y es que puestos a poner objecciones, nadie les superaba.

Manu, su novio, era así, se pasaba el día criticándolo todo, desde el fútbol a la Cocacola

pasando por los vaqueros, que le parecían una verdadero símbolo de alienación.

A ella alguna vez le hubiera gustado ponérselos, pero nunca se había atrevido en los diez años que llevaban juntos.

Se habían conocido en el instituto, y el enamoramiento había sido total por ambas partes.

Él era alto y guapo, con el pelo largo, lo cual no terminaba de convencerle, pero tenía la esperanza de que algún día se lo cortaría.

Ella era la hija única de una profesora y un juez.

Y sus padres, siempre tan generosos, les habían pagado a ambos los estudios; ya que los de Manu, la verdad, financieramente eran un desastre.

Por una parte a su familia le sobraba el dinero, y por otra estaba casi segura de que su novio, un filólogo en el verdadero sentido de la palabra, llegaría algún día a convertirse en un gran escritor.

Ella quería ser profesora de secundaria.

Se había presentado a las oposiciones nada más terminar los estudios, es decir el año pasado por estas fechas.

Lógicamente no las había aprobado, puesto que no había tenido tiempo de preparar-

Por eso se habían venido a vivir a Madrid, para que ella pudiera practicar español durante un año y pasar fácilmente el examen, que por cierto sería dentro de dos semanas.

Estaba convencida de aprobar.

Siempre se había encontrado tan segura de misma...

Aunque tampoco era difícil sentirse así si montaba a caballo, tenía la ropa más elegante que ninguna chica de su edad pudiera soñar, y para colmo la naturaleza la había hecho exuberante.

El primer chico del que se había enamorado había caído rendido a sus pies, y era un amante extraordinario, haciéndole elevarse hasta las estrellas cada vez que hacían el amor.

La verdad es que ahora lo hacían con menos frecuencia, aunque ella se consideraba tan enamorada de él como antes.

El vivir en España les había unido aún más si cabe.

Aquí ella no tenía amigas.

En casi un año no había conseguido intimar con ninguna española.

Le parecían demasiado alocadas y poco sensibles, nada delicadas.

Por no hablar del mal gusto que tenían para vestirse.

El ejemplo es la gorda que está hablando en este momento con mi novio, que lleva un vestido que no se lo pondría ni mi abuela, piensa mientras saborea su whisky favorito, un Glenfiddich de reserva.

Modu, que charla tranquilamente con sus amigos en la plaza de Lavapiés, era uno de esos afortunados que habían logrado llegar desde el África subsahariana a Europa, la tierra prometida.

Las vicisitudes del viaje habían sido tantas que podría escribir un libro.

Lo había planeado durante al menos cinco años, y otros tantos había tardado en conseguirlo.

Las autoridades españolas le habían enviado por dos veces de vuelta, pero él había logrado regresar.

Claro que no se arrepentía puesto que su vida aquí era mucho mejor de lo que nunca hubiera podido soñar.

El suelo, para empezar, no era de tierra, sino que estaba limpio como una silla, y dichoso el que tuviera una en su país.

Recordaba que cuando le había tocado vender cedés, como a todo recién llegado, la gente, sobre todo mujeres, le preguntaban si no le parecía espantoso pasarse el día tirado en el suelo.

Estaba claro que no habían visto la aldea de la que venía.

Allí hasta en las casas, chozas, el piso era de tierra.

Las farolas le fascinaban, y al principio le parecía mágico el hecho de poder ver durante la noche con tal claridad.

Los trenes, los autobuses, las tiendas, las iglesias, los parques, pero sobre todo las mujeres, le parecían un verdadero prodigio.

Y luego estaban los aparatos electrónicos, que para él eran sin duda lo mejor.

El hecho de tener un teléfono móvil en el bolsillo, por alguna extraña razón, le hacía sentirse un rey.

Desde que había llegado a Europa era como si hubiera evolucionado.

A veces se arrepentía de pensarlo porque verdaderamente eso significaba que despreciaba su propia cultura, pero es que objetivamente la europea le parecía un millón de veces mejor.

Tenían agua, refrescos, patatas fritas, gominolas...

Podría pasarse un día entero enumerando todo lo que había descubierto al llegar.

La Coca-cola le encantaba, incluso el fútbol, y especialmente llevar pantalones vaqueros.

Había que reconocer que le sentaban bien.

No había mujer que al pasar se resistiera a mirarle el culo, y precisamente por esa razón se pasaba allí horas y horas, hasta que llegaba la que quería agarrárselo y gozar de verdad.

Sus admiradoras sabían donde encontrarle, en la plaza a partir de las diez.

No se consideraba un prostituto, nada de eso, sino que le parecía que esta cultura tan avanzada tenía de todo excepto hombres que supieran follar.

Era como si todos estuvieran afeminados.

Cuando veía pasar a los chicos emitiendo grititos, haciendo aspavientos y moviendo las caderas como jovencitas desesperadas, no se lo podía creer.

Luego estaban los que empinaban demasiado el codo; por cierto, la mayoría.

Entraban en un bar y salían al cabo de unas horas vociferando, gesticulando de un modo extremado, y meneando más el culo si cabe.

Entonces él y sus amigos se miraban de reojo y se reían porque sabían que eso significaba que en la cama no valían para nada, y que por cada uno de esos habría al menos una mujer carente de eso de lo que todos tenemos tanta necesidad como de comer.

Dos treintañeras se aproximan, son gemelas, y al parecer están locas por él.

Mónica baila en una fiesta a la que había ido con una amiga que hacía intercambio de conversación con una francesa.

Era arquitecta, bueno, había estudiado arquitectura, pero no tenía trabajo.

Al menos se había presentado a unas oposiciones para dar clases de dibujo en Castilla la Mancha y había aprobado, pero eso no significaba que hubiera conseguido una plaza.

Estaba en las listas, lo que quería decir que en caso de baja de un profesor, la llamarían para hacer una sustitución.

De hecho ya la habían llamado hacía unos meses para dar clases en un instituto de Seseña, pero al final se había quedado sin el trabajo porque un inspector había averiguado que la profesora a la que sustituía no estaba tan enferma como decía. Resulta que aquel municipio de Toledo necesitaba profesores porque a él se habían ido a vivir miles de familias madrileñas.

Era gente que procedía de otros barrios del sur de la ciudad, que al casarse y tener hijos habían tenido que descender aún más en la escala urbana.

La media de veinte kilómetros para llegar desde los barrios pobres hasta el centro de la ciudad, se había duplicado tras ese pelotazo inmobiliario; aunque a ella le parecía que el balón se les había salido del área.

Recordaba, mientras bailaba, que todo había empezado hacía unos diez años cuando España estaba a punto de entrar en el euro.

Por entonces se decía que había mucho dinero negro, y se aprovechaban las ventas de pisos para blanquearlo.

De repente la idea del negro y el blanco le hizo pensar en la imagen del ying y el yang.

A continuación se imaginó aquel negocio como un pozo negro, a hombres saliendo de entre los excrementos con las manos llenas de billetes, y a mujeres lavándolos, frotando concienzudamente hasta transformar las pesetas en euros.

Suponía que el mundo humano era así, que había pozos de agua limpia y pozos de agua sucia; mientras que en la naturaleza lo puro y lo impuro no se encontraban segregados, sino que los animales dejaban sus excrementos donde les coincidía sin por ello mancillar su mundo.

Así solía pasarse el día, pues tenía mucha imaginación.

Su padre, que la adoraba pero que había muerto de cáncer cinco años atrás, la animaba

a hacerse escritora.

Pero a ella la arquitectura también le parecía un buen terreno para emplear la imaginación, como habían hecho grandes maestros como Gaudí.

Además consideraba que los modos de habitar el espacio deberían cambiar, volverse todo más versátil, y las relaciones humanas también.

Su ideal, cuando empezó la carrera, era el de lograr construir viviendas sociales, o al menos edificios públicos.

Jamás aceptaría dibujar los típicos bloques de viviendas, porque le recordaban a las celdillas de las obreras y a las cárceles.

Había viajado a Portugal para ver la obra de Álvaro Siza, aunque en Berlín también había visitado su edificio conocido como Bonjour tristesse, tan gris como la vida en las ciudades, pero al menos se trataba de una bella metáfora de hormigón.

La materialidad de aquella obra tan profundamente espiritual le había llevado a recordar la bella pagoda de Fisac situada a orillas de la Avenida de América, más allá de las torres blancas de Oiza.

Su derribo me parece también otra buena metáfora de la triste realidad urbanística en Madrid, medita sin dejar de bailar.

Mohamed, que vivía encima de la tienda que regentaba, hace manualmente las cuentas mientras su mujer española lavaba los platos tras haber acostado a los niños. Ella no sabía que estaba también casado en Marruecos, pero aunque el Islam prohibía mentir, para él la vida consistía en un juego en el que la astucia siempre triunfaba. Para tener contenta a la esposa española, se había inventado una familia falsa en Tetuán, mientras que la verdadera vivía en Tánger.

En los veranos, cuando iban de vacaciones, sobornaba a unos ancianos que se hacían pasar por sus padres.

Luego, para poder visitar a su mujer marroquí, se cogía un coche viejísimo, el primero que encontraba, y se dirigía a su país a comprar los artículos que necesitaba para la tienda.

También aprovechaba el viaje para visitar a otras amiguitas suyas, aunque esas no eran mujeres con las cuales un hombre honrado debiera procrear.

Él, por supuesto, se consideraba moralmente intachable porque su prioridad vital era la de mantener a la familia y hacerla lo más extensa posible.

Aunque aún era joven, tenía ya muchos más hijos de lo que nunca hubiera imaginado, y los que le quedaban.

Importando hachís de modo clandestino, se había montado en el dólar.

Eso, lo de sancionar el consumo de un producto sano y natural, le parecía realmente incongruente por parte de la cultura occidental, mientras que el alcohol, mucho más daniño por artifial, estaba permitido.

Pensaba que los occidentales estaban llenos de incongruencias, aunque comprendía que se trataba simplemente de cuestiones de índole cultural.

Algo que sí le gustaba de la cultura europea era el que las mujeres estuvieran liberadas y se pasearan ligeras de ropa para deleite de los varones.

A la suya la había conocido en un restaurante de comida marroquí.

Por aquella época trabajaba como teleoperadora e iba a clases de danza del vientre.

Esa misma noche le pidió que bailara para él y aceptó.

Eso en su país hubiera significado que no debería haber nunca establecido una relación seria, sin embargo al final resultó ser una chica formal.

Por entonces, como llevaba aún poco tiempo en España, creyó que la mayoría eran como ella; pero ahora le parecía que en realidad había sido un milagro encontrar una mujer así.

Para él se trataba de un verdadero tesoro, la alhaja más valiosa que nunca pudiera imaginar teniendo en cuenta como estaba el percal.

La inmensa mayoría le parecían como esos brillantes de plástico con los que se hacían collares y adornaban los vestidos, es decir falsas, de las cuales uno no se podía fiar; cuando un hombre lo que necesitaba a su lado era una compañera fiel que nunca le fuera a traicionar.

A él, si le iba tan bien, era gracias a ella; aunque jamás podría confesárselo porque sino se volvería vanidosa y su alma se infectaría hasta pudrirse.

Si la trataba así, con desdén, era por su propio bien y el de sus hijos.

En el fondo él estaba atento a sus necesidades.

Por ejemplo, ahora, mientras ella fregaba los platos, mas que concentrarse en sus ingresos, calculaba por cada ruido que llegaba de la cocina su estado de ánimo.

Por el poco ímpetu con el que lo hacía, deducía que estaba cansada, y entonces iba a tratar de no pasar esa noche demasiado tiempo gozando del sexo.

Si todos pensaran como yo, en la persona que tienen a su lado, el mundo iría mucho mejor, medita olvidándose de sus propios beneficios y pensando en los de toda la humanidad.

Melissa había tenido un día agotador, y se mete en la cama casi vestida porque al día siguiente tendrá que volver a levantarse a las siete.

Su vida, al menos hasta que se casó, había resultado de lo más azarosa.

Para empezar nació en Nueva York, de padre español, gallego, y madre cubana.

Sus padres se divorciaron cuando ella tenía cuatro años, casi cinco.

Todavía lo recordaba como algo traumático porque adoraba a su padre, y él los abandonó por otra mujer.

Como su madre no tenía ningún familiar en Norteamérica, ya que había huido sola de su país, y no sabía a donde ir con sus dos hijos, ella y un recién nacido; se le había ocurrido viajar a la aldea de su esposo.

Al llegar allí, con tan solo cinco añitos, se había dado cuenta de que los habitantes de aquella región eran más bestias que los animales de los que cuidaban y se alimentaban.

Su padre debía haber sido el más refinado del pueblo, y ella, al hacerse adulta, comprendió la razón que le había llevado a atravesar el océano y a no querer nunca más regresar.

Su madre, que aún estaba enamorada de él, pensó que se cansaría de su idilio y regresaría al hogar.

Y así fue, al cabo de unos años dejó plantada a la otra con un niño, pero antes ya se había buscado la siguiente, y así continuó el muy bribón hasta la actualidad.

Su madre tenía que haber sufrido tanto que ella no se lo podía ni imaginar.

Para empezar, había pasado de usar pañales desechables con su hija, a tener que lavar a mano las compresas de tela que utilizaba con su hijo, porque en casa de su abuela no había ni siquiera lavadora.

En cuanto a tecnología, allí carecían de todo.

Sin duda ése era el motivo por el que el ochenta por ciento de los habitantes habían emigrando, bien a Madrid, bien a París.

Su padre, tan original él, era al parecer el único al que se le había ocurrido la idea de irse a Nueva York.

El condenado era guapo, y como trabajar nunca debía haberle gustado demasiado, había agudizado el ingenio.

Debía ser cierto eso que decía su hermano, también muy apuesto, pero de la acera de enfrente.

Él, que había estudiado una carrera y tenía ideas brillantes, no como ella, que a duras penas había conseguido aprobar tercero de BUP, que se llamaba entonces; tenía la teoría de que el progreso social puede ser medido por la insatisfacción sexual del sexo femenino.

La verdad es que, afortunadamente, en su caso no tenía ningún problema de esos, aunque pudiera deberse al hecho de que su marido era árabe, que teóricamente poseían una cultura mas arcaica.

Sin embargo creía que la engañaba.

Cada vez que viajaba a Marruecos a por género para vender en su tienda, que por cierto la tenía debajo de casa para así mantenerla bien controlada, ella sospechaba que había estado con otra mujer.

Podía verla en sus ojos, e incluso esforzándose mucho sería capaz de apreciar su imagen porque se le quedaba grabada en las pupilas.

Al cabo de unas semanas se le borraba, y así llevaban desde hacía diez años que se habían casado.

En el fondo no le importaba, y en noches como aquella, que se iba rendida a la cama, llega incluso a comprender la conveniencia de la poligamia.

Momo pinta en la calle encapuchado y camuflado entre el gentío del sábado noche, ya que aquello era ilegal.

Se trataba simplemente de arte urbano y libertad de expresión, pero sin embargo estaba prohibido, arriesgándose a ir a prisión o pagar una multa astronómica.

Pero merecía la pena, y estaba seguro de que su esténcil iba a gustar.

En él aparecía la concejala de medio ambiente del ayuntamiento de Madrid con una máscara antigás.

Hombre, Madrid nunca había sido Berlín, con hierba junto a las aceras y la gente yendo al trabajo en bicicleta, pero la verdad es que si cobraba un buen sueldo por ocuparse de las condiciones medioambientales de la ciudad, estaba claro que había descuidado por completo sus funciones.

Lo máximo que se le había ocurrido había sido cambiar de sitio los medidores para que los datos se amoldaran a las normas europeas, sin pensar que esas leyes estaban hechas como los mandamientos, por el bien de los seres humanos y no de Dios.

Él y miles de madrileños que escribían en foros ecologistas pensaban que esa negligencia debería haberle costado el puesto, como a su marido las suyas, y tenían fe en la democracia pues en veinte días habría elecciones municipales.

Se trataba de una cuestión de vida o muerte puesto que millones de personas estaban respirando veneno.

La boina de contaminación se había convertido en la noticia estrella, y a pesar de ello no se le había ocurrido mover un dedo; es decir, restringir el tráfico, y ya no digamos implantar un sistema de movilidad ciclista al alcance de todos, como el que tenían en otras grandes ciudades como París.

Él llevaba enfermo desde hacía meses, primero la garganta, luego con fiebre, después un catarro eterno, y al final se le había quedado un moqueo crónico, que según su médica era alergia a la primavera.

¿Pero que primavera si allí sólo había asfalto y por falta de tiempo no había pisado un parque desde hacía años?

Además no era el único, todo el mundo que conocía estaba igual, y lo peor de todo es que eso le consolaba, lo que debía significar que tanto dióxido de nitrógeno le estaba afectando no sólo a los pulmones.

Y pensar que no había querido fumar porros precisamente para no volverse un retrasado mental como la mayoría de los jóvenes de su generación, que entre el alcohol y los canutos estaban todos atrofiados.

Los marroquís fumaban hachís, pero eran normalmente los ancianos los que lo hacían con fines terapéuticos, bien porque le dolían los huesos o simplemente porque querían relajarse y desconectar; mientras que a los jóvenes ni se les ocurría porque lo que pretendían era estar lúcidos, en todo caso agudizar los sentidos, y todo con un fin. Pues precisamente por eso mismo él se había hecho artista urbano, porque como para ir de tío alternativo había que fumar porros, al menos en su barrio, y él se negaba por la razón mencionada, le había dado por eso que también quedaba muy enrollado. ¿Y todo para qué?

Pues para que iba a ser, para gustarle a las pibas y follar, que sin tener coche por eso de ser ecologista significaba que te tenías que casar, como le había sucedido a él, que ahí donde lo ves tenía dos hijas y unas ganas de salir por la noche para poder tomar un poco el aire que se moría.

Y no es que el aerosol no fuera tóxico, pero al menos quedaba ahí para la posteridad, y no la laca que usaba la susodicha concejala.

Pues la verdad es que debe ser cierto eso de que el arte resulta terapéutico, piensa pudiendo milagrosamente respirar sin dificultad.

Marisa observa la luna con la cabeza apoyada en el vientre de su hermana Marina.

Aunque el incesto era el tabú más extendido culturalmente, no le parecía ninguna atrocidad, y menos tratándose de mujeres libres.

Ni siquiera era lesbiana, aunque no le importaría.

Simplemente amaba a su hermana tanto como a sí misma y para ella aquel amor constituía su única religión.

Parecían idénticas, aunque sus vidas resultaban diametralmente opuestas.

Una había estudiado ingeniería y la otra filología.

Ella era la filóloga, lo cual significaba que estaba en paro, mientras su hermana tenía muchísimo trabajo.

Esa noche Modu las había colmado de placer.

Le llamaban el hombre-máquina y él se mostraba ufano.

Ellas preferían que luego se fuera a dormir a su casa porque, aunque era un cielo, les resultaba agotador no sólo físicamente, sino también porque debían hacer un gran esfuerzo para comprenderle.

Alguna vez ella se había ofrecido a darle clases de español, pero en realidad no estaba interesado mas que en el sexo.

Sinceramente, lo que más les gustaba de él no era su físico, a pesar de esos músculos que parecían los de una escultura de ébano; sino su dulzura y sensibilidad.

Lástima que nunca pudieran tener ninguna conversación interesante.

Tampoco era el único hombre en sus vidas, ya que a veces salían con chicos separadamente y les gustaba intercambiárselos en secreto.

Suponía que para muchos aquello suponía una perversión, pero ellas lo consideraban un modo de protesta contra las injusticias sociales en un mundo donde hasta las relaciones íntimas debían estar estereotipadas y los cuerpos vigilados.

También les parecía que el sueño de la Europa del bienestar y la igualdad se estaba yendo al traste por culpa de una horrible mentalidad ambiciosa y egoísta que imperaba sobre la justicia y la equidad.

Ellas, desde niñas, sabían que nada hay mejor que la ecuanimidad.

Lo cierto es que todo podía compartirse con los demás y no por ello ser menos feliz, sino mucho más.

Amar es compartir y compartir es vivir, se decía convencida de ello.

Por eso hay tanta gente infeliz hoy en día, y no me extraña.

La verdad es que esta sociedad tan desarrollada lo que se ha vuelto es mezquina, tacaña, interesada y miserable.

Así no vamos a ningún lado, y tenemos que hacer algo ya.

Aprovechando que estoy en el paro, como miles y miles, millones de jóvenes de mi edad, me he vuelto realmente activa políticamente.

Desprecio profundamente a los dos partidos que luchan por el poder y que sólo lo emplean para su propio interés.

Supongo que debería existir muchísima más intervención de las personas en cuanto a la gestión de sus necesidades.

Casualmente, después de haberles propuesto a un par de amigas en el mes de marzo el promover una revuelta de estudiantes yendo a los institutos para concienciar a los más jóvenes de su dificilísima situación, ellos solitos se habían declarado en huelga, y con toda la razón.

¿Qué futuro les espera si la universidad se está convirtiendo en un instrumento más del mercantilismo reinante, y las catedrales del saber están a punto de ser dinamitadas por las ciegas leyes del mercado?, se pregunta realmente preocupada sin poder dormir una noche más a pesar de considerarse absolutamente dichosa.

Manu escribe un verso en francés en honor de una mujer que acababa de conocer.

La mano le temblaba, no sabía si de miedo o de emoción.

Baudelaire, siempre a su lado, le animaba insuflándole valor.

Estaba a punto de llorar de tanta agitación que sentía en el pecho.

Lo sentía oprimido como si estuviera a punto de darle un ataque al corazón.

Y lo peor es que a unos metros se encontraba su novia, con la que había pasado diez años de su vida.

Habían ido juntos a una fiesta de lo más banal.

Él odiaba ese tipo de cosas, pero a ella le encantaban.

Además sospechaba que el anfitrión, Maurice, un pijo que trabajaba en una ONG y viajaba por el mundo entero gracias a las influencias de su padre, estaba loco por ella. La verdad es que hacían buena pareja.

Maurice era alto, incluso más que él, y sabía que a su novia eso la volvía loca.

Él era el más espigado de la clase cuando empezaron a salir, aunque más que grande se le podía considerar larguirucho.

Al principio creía que con el tiempo se volvería corpulento, pero no, cada día que pasaba adquiría un aire más desgarbado.

Para colmo, las entradas le crecían a un ritmo agigantado.

Su novia insistía en que debía cortarse el pelo, pero se negaba.

En el fondo intuía que él no se adaptaba al estereotipo que a ella le hubiera gustado y que si seguían juntos era simplemente por interés.

Cada uno tenía los suyos, completamente diferentes.

Él, cuya familia estaba en la absoluta miseria, se había aferrado a aquella relación para poder sufragarse los estudios.

La cuestión era que su padre había comerciado con arte robado e ido a la cárcel.

Al menos gracias a aquellos cuadros él había descubierto en su más tierna infancia el inapreciable valor de las verdaderas joyas de la humanidad.

Así había nacido su sensibilidad hacia la pintura, la cual veneraba tanto o más que la poesía, aunque según su opinión el arte de lo bello se encontraba encarnado por las mujeres.

Le gustaban muchísimo, tanto que se podría considerar un adicto a la sensualidad, en la que veía otro modo de poiesis.

El ejemplo era que su novia, antes de salir juntos, no era ni mucho menos la más guapa de las de la clase; sin embargo, tras el primer beso, la bella que dormía dentro de ella se había despertado.

Sin duda aquella jovencita culona y con granos se había ido modelando bajo el calor de sus caricias.

Él podía advertir diariamente las transformaciones en su cuerpo y en su rostro.

Ella y su familia, especialmente su madre, estaban encantados con el prodigio cosmético, cósmico, como el amor verdadero.

Su padre, si bien económicamente jamás le había ayudado, le había instruído a la perfección.

Quizá por ese motivo tanto él como sus hermanos habían nacido verdaderamente agraciados.

Lo cierto es que podría escribir un libro sobre el verdadero arte de amar, aunque por ahora tendría que conformarse con que sus rimas fueran capaces de expresar el candor de aquella joven.

Como ella carecía de móvil, le había escrito un e-mail, y a pesar de que no era creyente, estaba a punto de disponerse a rezar para que le respondiera pronto. Por ello, para sobrellevar la espera, la pinta con palabras.

Malaika tiene nombre de ángel, siendo ése precisamente el apelativo que le habían conferido al nacer por tratarse del su progenitor y pertenecer al mismo sexo.

El llevar colgado como un adorno de navidad el órgano masculino, siempre le había irritado, y sabía perfectamente el porqué.

Ni siquiera tuvo que acudir a la consulta de una psicoanalista para recordar como el jefe de su madre, delante suya, la había obligado a hacerle una felación en la oficina de la empresa en la que trabajaba como secretaria.

También recordaba que aproximadamente a la misma edad, en clase de ciencias, había descubierto que existía una categoría sexual singular en algunos animales y plantas; y aún ignorando quienes eran Hermes y Afrodita, había deseado vehementemente pertenecer a ella porque le parecía que debía tratarse de lo más semejante a Dios en versión humana que uno podría imaginar.

Gracias a aquellos dos importantes acontecimientos vitales acaecidos en una etapa tan crucial de su desarrollo personal, ahora se encontraba allí, en la calle Montera, de rojo desde la punta de los tacones de aguja hasta las de los cabellos de la peluca.

En absoluto se arrepentía de haber escogido esa profesión porque la ejercía de un modo muy creativo y singular.

Había nacido ángel y debía proceder como tal.

Los ángeles formaban parte de múltiples culturas y religiones, y sus diversas representaciones le apasionaban.

Podían encontrarse en los cementerios, en los libros medievales, en las iglesias, y sobre todo en los museos.

Aquel icono artístico, poético, místico y sagrado, le había conducido por las sendas del arte hasta lugares insospechados.

Yendo en pos de ángeles había empezado a estudiar historia del arte, luego filosofía, y por último angeología, una rama de la teología.

Lo cierto es que había aprendido mucho, quizá demasiado.

Tenía la cabeza llena de ideas puesto que se pasaba el día leyendo, así que por la noche estiraba las piernas y se despejaba, que falta le hacía puesto que meditaba tanto que podría considerársele un pensador.

Mejor dicho pensadora, ya que mantenía que el monoteísmo había propiciado un fallo ontológico al considerar al hombre el centro del mundo, descentrando de él a la mujer.

Para su gusto muy pocos filosófos a lo largo de la historia habían sido capaces de apreciar este grave error gnoseológico, del que se había nutrido a gusto la religión.

Tenía el convencimiento de que Hipatia de Alejandría no era una excepción, y que en Grecia existía más de una Diótima, pero la vanidad masculina las había ido borrando deliberadamente de la historia a través de los siglos hasta hacerlas desaparecer.

Para su credo religioso, que era la igualdad humana en todos los ámbitos de la existencia, aquello representaba el pecado original.

Para empezar, la historia del génesis le parecía pérfida y perversa.

Eva surgiendo de la costilla de Adán, como si no supiéramos todos de donde sale todo hijo de vecina.

Sin embargo algo tan básico se consideraba un gran tabú.

El ejemplo era que el famoso psicoanalista Jacques Lacan, gracias al dinero ganado aprovechándose del sufrimiento ajeno, había adquirido el cuadro El origen del mundo con el único fin de mantenerlo oculto.

A Freud, Nietzche y Marx, su trinidad favorita, también podría reprochárseles el haber pecado de falocéntricos, y con la finalidad de redimirlos, no dejaba ni por un momento de trabajar.

De ahí que también le conozcan como Ángel el justiciero.